

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8655

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Martes 2 Septiembre 1890.

OTRO BOTÓN PARA MUESTRA.

No podemos resistir á la tentación de dar á conocer á los lectores de EL Eco, una nueva muestra de lo mucho que preocupa á la administración española, los intereses de sus administrados.

Se trata de un pueblo de la provincia de Toledo, llamado Valmojado, cuyo vecindario en vez de ser refractario (como sucede por punto general) al planteamiento de medidas racionales para combatir el cólera; se preocupa en llevar á la práctica todo lo que la ciencia y el uso aconsejan para dicho fin.

Al efecto se han reunido el Ayuntamiento y la Junta de Sanidad del pueblo y dispuesto la inspección de los alimentos, el aseo y limpieza de las calles, el blanqueo general de las casas, vigilar los lavaderos y las fuentes, designar las personas de ambos sexos que habían de asistir á los enfermos en el desgraciado caso que se presentase la epidemia y otras medidas muy dignas de aplauso que debieron merecer las alabanzas y protección de las autoridades.

Si esto ha sucedido así ó no, lo sabrán nuestros lectores, cuando les digamos, que para completar su buena obra, los del pueblo de Valmojado, por medio de una suscripción, intentan construir un hospital que al propio tiempo que sirva para las necesidades de una epidemia, pueda emplearse como refugio á los infelices caminantes y carreteros que víctimas de sus trabajos sufren heridas y accidentes que se curan en las posadas, sin medios apropiados y confiando en que los desinfectantes necesarios, los facilitaría el gobierno de la provincia; el Ayuntamiento y la Junta de Sanidad han dirigido á dicho gobierno una atenta comunicación pidiendo los referidos desinfectantes habiendo obtenido la siguiente respuesta:

«Contestando á su comunicación fecha 16 del actual, debo manifestarle que no puedo acceder á sus deseos por no existir en este gobierno depósitos de desinfectantes; pero los hay en las droguerías y boticas de esta ciudad, donde puede acudir nombrando persona que los compre. Dios guarde á usted muchos años.—Toledo 19 de Agosto 1890.—El gobernador interino, Manuel Esteban.—Sr. Alcalde de Valmojado.»

La comunicación inserta, merece pocos comentarios, pues su simple lectura da idea de la capacidad de los hombres que nos gobiernan. ¿Cómo, á no ser por el ilustrado informe del señor gobernador interino, habrían de saber los individuos que forman la Junta de Sanidad, compuesta de un médico, farmacéutico, cura, veterinario, abogado, mayor contribuyente, alcalde y secretario del Ayuntamiento, dónde pueden hallarse los desinfectantes, como si éstos fueran una nueva Atlántida?

¿No les parece á los lectores de EL Eco que la tal comunicación tiene todo el carácter de una burla sangrienta?

Esto lo decía el gobernador interino

cuando el propietario se hallaba veraneando ó tal vez se preparaba para marchar á Argés á auxiliar al heroico alcalde de ese pueblo, ó si no preparaba el viaje, procuraba averiguar el estado de la salud pública en la ciudad de su residencia, en la cual tuvieron los médicos que reunirse y levantar un acta declarando el cólera, según nos comunicó el corresponsal de *El Imparcial* en Toledo.

CORREO DE SEÑORAS

Nada nuevo puede decirse de modas en esta estación en que aun no han venido las de otoño y ya están pasadas las de verano; de modo que para poder llenar el sitio que nos destina el periódico, tomaremos las tijeras y nos dedicaremos á merodear noticias curiosas.

El modo de comer.

La historia de la civilización puede considerarse trazada por el diverso modo de comer.

El salvaje come cuando está hambriento ó cuando ha conseguido algo con que satisfacer la voracidad de su apetito; pero el hombre civilizado toma alimento á horas fijas, y el que alcanza mayor cultura espera á la tarde para hacer la comida principal del día.

Francisco I de Francia se levantaba á las cinco, almorzaba á las nueve, comía á las cinco y cenaba á las nueve. En tiempo de Enrique IV la corte comía á las once. La hora del medio día, establecida en los primeros años de Luis XIV, es la usual del vulgo, aunque en las provincias distantes á París continuó tomándose el desayuno, durante muchas generaciones, á la primitiva hora.

Bajo el reinado de Enrique VIII de Inglaterra se servía la comida á las diez y la cena á las cuatro; esta costumbre, entonces generalizada, era ya muy antigua, pues Mr. Froissart, hablando del duque de Lancaster, menciona que hizo tal cosa á las cinco de la tarde, «después de haber cenado.»

La preferencia de los convidados en la mesa, el orden de entrada en el comedor y la manera de colocarse los caballeros al lado de las señoras, fueron en todo tiempo, lo mismo que ahora, motivo de reyertas y disgustos.

La manera de comer en la actualidad también ha dado lugar á eruditas observaciones.

En personas cultas toda muestra ostensible ó ruidosa de satisfacción se reputa falta de urbanidad.

El árabe ó el esquimal, por el contrario, consideran obligación de cortesía el hacer muchos ademanes y alabanzas en medio del mayor bullicio; un viajero que ignore sus costumbres y cuide por consiguiente de engullir en silencio, será comparado á un mendigo «que masca sin vituallas como si estuviera avergonzado de ellos.» Hoy sólo en la sociedad primitiva de los campesinos se obliga á los huéspedes á comer hasta el grado de la hartura.

Entre los salvajes modernos, conviene atender y seguir la excelente máxima sostenida por Dugald Dalgetty: «aprovechad la ocasión de satisfacer ampliamente vuestra necesidad, pues sólo Dios sabe cuándo volveréis á veros en otra.»

Entre ciertas tribus de América y Australia, lo mismo que entre los árabes y judíos, está prohibida el uso de ciertos

alimentos y carnes, por sagrados (tabou) entre los primeros y por inmundos entre los otros.

Conservación de las uvas

Un descubrimiento importante y que ha pasado casi desapercibido en el mundo científico, consiste en la conservación de las uvas por el método de Mr. Ruso Charmeaux.

Hace muchos años que este hábil cultivador de Thomer poseía un secreto de conservación que no estaba garantizado por ningún privilegio.

Exponía públicamente hermosas uvas arbillas en los meses de Marzo y Abril, casi tan frescas como en el de Octubre.

Todo el mundo indagaba el secreto; pero Charmeaux contestaba siempre: «Es propiedad mía y quiero utilizarla en mi provecho.»

Sin embargo, un día del último año dio á conocer públicamente su famoso secreto.

Consiste en dejar las uvas en la parra hasta fines de Octubre, y aun más tarde, cortarlas antes de las heladas, dejando fijo cada racimo á un trozo de sarmiento de la longitud de cinco á seis centímetros entre nudos, de los cuales tres ó cuatro deben quedar por encima y dos ó tres por bajo del racimo; el extremo superior se barniza en cera de injertar, para impedir la evaporación de los líquidos que se hallan aun en el tejido fibroso.

Preparado de este modo, no resta más que introducir la extremidad inferior del sarmiento en una pequeña redoma llena de agua, á la que se añade, para impedir la putrefacción, cinco granos de carbón pulverizado. En este carbón consiste todo el secreto. Se tapa en seguida la botella con cera y la preparación está terminada.

La receta de la semana.

Crema de rosa.—Tómese dos cuartillos de buena crema, que se harán hervir; cuando ella haya subido, colóquesela al borde de un horno y azúcaresela; añádase un cuarto de gota de esencia de rosa y de carmín líquido para darle color; mientras que esta mezcla se infiltra rómpanse seis ú ocho huevos, de que se aprovecharán sólo las yemas, que se batirán con una cuchara de palo hasta que se liguén bien. Viértase en un gran bol ó sobre una fuente honda ó en pequeñas jicaras y hágaselas tomar baño de maría.

PICCIOLA.

BANDIDOS GALANTES

Todavía quedan bandidos del antiguo régimen.

El espadista y el rata aun no han desterrado por completo á la clase de aquellos predadores suyos que han hecho célebres los novelistas y dramaturgos.

Prueba de ello, la siguiente narración que publica un periódico de Rumanía, tierra feliz donde al parecer se ha refugiado el tipo del bandolero tradicional.

El jueves de la última semana, el Sr. Chiriac, hombre distinguido y propietario de Bacau, se paseaba tranquilamente por el bosque de Varalico. Era el primero que acudía de varios amigos que debían almorzar en aquel sitio.

Al poco rato se le presentó un individuo armado de un Lefauchaux, un revólver y un puñal, se le acercó pausadamente y suplicóle en los términos más corteses y suaves que tuviese á bien entregarle la bolsa, rogándole al propio tiempo que se sentara al pie de un árbol que le indicó.

—No os inquietéis por vuestro almuerzo—dijo en seguida al Sr. de Chiriac aquel nuevo Fra Diáblo.—Esperaremos á vuestros amigos y vuestra gira no quedará malograda en lo más mínimo.

Chiriac entregó al ladrón 17 francos que traía y se quedó sentado bajo la vigilancia de otros dos prójimos, armados como el primero.

A las ocho llegaron al lugar de la gira la señora y las señoritas de Christeanu, acompañadas de la señorita de Romniceanu. Los bandidos las invitaron finamente á sentarse al lado de Chiriac, cosa que hicieron ellas más muertas que vivas.

Como tardaban en llegar los otros personajes de la gira, los bandidos comenzaron á aburrirse, notaron que se les abría el apetito, y para matar el tiempo y el hambre decidieron desayunarse á costa del Sr. de Chiriac, al cual pidieron permiso para comerse la mitad del almuerzo que traía preparado en cestos.

También pidieron autorización para beberse la mitad del vino; pero excediéndose de la licencia obtenida, se lo bebieron todo.

Durante el almuerzo, los tres bandidos estuvieron alegres, decidores, pálidos; elogiaron los manjares, pusieron en las nubes la bodega del Sr. de Chiriac, dirigieron piropos de muy buen gusto á las señoras prisioneras. Un almuerzo delicioso.

Luego fueron llegando los otros convidados.

El Sr. Manesco, profesor de matemáticas, y sus dos hermanas.

—¡El dinero!

El profesor entregó mansamente su cartera, que contenía 260 pesetas, y pudo salvar 30 pesetas que llevaba sueltas, porque los bandidos tuvieron la delicada atención de no registrarle.

¡Es más! La señorita de Manesco se escondió en el seno un billetito de 20 pesetas, y jefe de los bandidos, que tenía el ojo atento, vió aquella jugarreta y se apresuró á decir:—La señorita se ha guardado un billete pero no me he de permitir buscarlo en el sitio donde está.

En esto pasaron dos labradores; fueron detenidos, mas no robados.

—Como comprendéis—dijo el Diego Corrientes á los otros prisioneros—el solo motivo de detenerlos es que vayan á dar aviso á la población. Quitar y no quitamos nada á los pobres.

Después de aguardar otro rato largo, viendo que no llegaban más ricos, el bandido mayor declaró levantada la sesión, puso en libertad á los detenidos, estrechó la mano de todos, hizo al Sr. Manesco don de 20 pesetas como regalo particular, y pidió á las damas la gracia de poder besarles la punta de los dedos.

El bandido galante hincó una rodilla en tierra, llevó á cabo su besamanos ó besadedos y se marchó con sus dos compañeros perdiéndose los tres entre la espesura del bosque.

PARRICIDA, Y POR LA ESPALDA.

En la Audiencia de lo criminal de Talavera de la Reina se ha celebrado recientemente la vista del proceso instruido con motivo de un crimen que no puede ser más horrible, y espantoso: la muerte violenta y alevosa, dada por un hijo á su propio padre, apuñaleándole por la espalda.

El parricida, que compareció ante el jurado, se llama José Castellano Sánchez, vecino de Madrid (Toledo), y el hecho ocurrió el día 9 de Febrero último en una heredada del Valle del Horcajo de dicho término.